



## **Metáforas que nos piensan: sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones**

Emmánuel Lizcano

Traficantes de sueños. 2006

(texto completo en: [http://www.bajo-cero.org/ediciones/pdf/lizcano\\_web.pdf](http://www.bajo-cero.org/ediciones/pdf/lizcano_web.pdf))

“Metáfora”, “meta-phoerein”, del griego, poner más allá; esto es, trasladar un significado a un sitio distinto al que le corresponde; o, recíprocamente, utilizar un significante im-propio (que está más allá del significante propio) para denotar un cierto significado. Pero esta aclaración etimológica pecaría de simplista frente a las propuestas de la obra de Lizcano, que entienden las metáforas como algo bastante más extendido y poco evidente que el presunto recurso literario que su etimología parece expresar.

Desde una perspectiva, a la par, relativista, constructivista y culturalista, Lizcano nos propone una visión inusual de nosotros mismos: habitamos un mundo prefabricado por el habla, un mundo en el que la realidad es en gran medida un resultado, parcial e inestable, de nuestro modo de pronunciarla. Partiendo de las formulaciones de Castoriadis, relativas al imaginario colectivo, entiende Lizcano que nuestra capacidad de comprender el mundo, de “ver” lo que hay en él y lo que él es, está condicionada por los parámetros culturales de partida a partir de los cuales lo enunciamos, le damos sentido, lo ordenamos, clasificamos y analizamos. Nuestro imaginario, particular, nos provee de las herramientas, particulares, para dar forma, conformar (ahormar, es la expresión del autor) la realidad a una determinada visión, que es la que en definitiva “produce” esa realidad.

Desde esta óptica, las metáforas vendrían a ser síntomas que revelarían nuestros pre-juicios, nuestras pre-concepciones, nuestras premisas de partida; que revelarían las condiciones de posibilidad que nos permiten habitar el mundo que habitamos en función de nuestra capacidad de concebir lo posible y lo imposible y de dar forma a lo uno y a lo otro.

La obra es una recopilación de trabajos del autor que abarca un amplio período de tiempo: a partir de ella se pueden observar las recurrencias, las insistencias, las obsesiones y la permanente insistencia en una guía directriz que disecciona la mirada con la que pretendemos diseccionar la realidad. Nuestra capacidad de nombrar las cosas no es —algo que lamentarán profundamente realistas, objetivistas y naturalistas— un mero registro representativo de una realidad que vamos descubriendo (el mero descubrir es ya, como forma de nombrar una acción de conocimiento, una metáfora sintomática, que des-vela —metáfora afin— que nuestros presupuestos sobre el conocimiento otorgan, a diferencia de otras culturas, un privilegio absoluto al sentido de la vista: conocer es hacer aparecer ante los ojos, mostrar a la vista lo que siempre había estado ahí pero oculto a nuestra mirada); nuestro nombrar las cosas es un acto de institución de las cosas mismas, pues según estas sean nombradas de un modo u otro, así quedaríamos obligados por su nombre a entenderlas de determinada manera.

Quizá el ejemplo más sorprendente, por inesperado, sea el caso de las matemáticas. Lizcano, licenciado en ciencias matemáticas, doctor en lógica y filosofía de la ciencia y profesor de sociología, comenzó su labor investigadora con un trabajo comparativo entre las matemáticas occidentales y las orientales, para constatar que de dicha comparación resultaba como conclusión el hecho de que la creencia

en la existencia de una única y universal matemática era algo bastante discutible. Lejos de la objetiva neutralidad que se le presume a esa ciencia pura, la matemática, las matemáticas, las diversas matemáticas posibles, están plagadas de recursos metafóricos que desvelan el substrato cultural, el imaginario particular, del que proceden sus presupuestos (se pueden “despreciar” términos en determinada operación, por ejemplo). Acostumbrados a una lógica secuencial, lineal, analítica, sucesiva, nos sorprendemos cuando descubrimos que otras cultura entienden las operaciones matemáticas de manera bien distinta: la concurrencia simultánea frente a la causalidad sucesiva, la síntesis holística frente al análisis parcelizador. Imaginarios distintos generan metáforas distintas que pre-configuran los espacios posibles para el desarrollo matemático.

Es especialmente revelador, en este sentido, el capítulo dedicado a las “matemáticas del cante flamenco”: se nos descubre (y perdón por la expresión, pero soy hijo de mi cultura, de mi imaginario, y no puedo encontrar otros recursos retóricos para expresar ciertas ideas... descubrir, desvelar, evidenciar...) que existe toda una serie de sistemáticas concepciones de lo calculístico y lo operacional, en el cante jondo, que contradicen profundamente el sentido institucionalizado de las matemáticas académicas a las que estamos tan acostumbrados.

Las matemáticas vendrían a ser una de las máximas expresiones de esa gran producción ilustrada que es la ciencia occidental. Lizcano también nos ofrece un interesante trabajo sobre la construcción social de la visión que la ciencia produce de sí misma en la sociedad. Científicos y políticos trabajan aquí mano con mano para elaborar todo un entramado simbólico de metáforas entrecruzadas de tinte más bien bélico en la que la ciencia se erige en una especie de proyectil salvador frente a las horripilantes amenazas de todo tipo de ofensivas irracionales. La ciencia, proyectil homogéneo, compacto, indivisible genera la metáfora del “impacto” (sobre la sociedad), impacto que, por localizado y predecible (como toda trayectoria de todo proyectil) puede ser sujeto a medidas de contención; no así sucede con quienes atentan contra su progreso, bárbaros “invasores”, que se extenderían cual un cáncer de manera errática y completamente imprevisible. ¿Qué es mejor, un proyectil cuyo impacto puede ser localizado, previsto y amortiguado, o un invasor absolutamente impredecible?, Ambas metáforas definen el mundo que habitamos.

Cada uno de los capítulos de “Metáforas que nos piensan...” nos ofrece una especie forzamiento a pensar lo impensable, a salirnos de nuestros parámetros usuales de comprensión y darnos cuenta que, bajo expresiones aparentemente neutras, se esconden rastros de una herencia y pertenencia cultural que nos convierte en sujetos sujetados, personas incapaces de ir más allá de los horizontes de posibilidad/imposibilidad de los que nos provee nuestro imaginario cultural. Concebir la ciencia (occidental) o la democracia (occidental) como ficciones no implica invalidar su “realidad”, sino, al contrario, dejar constancia de que es sobre “poderosas” ficciones como esas, que enunciamos recurrentemente, y de manera generalmente inconsciente de determinada forma, y no de cualesquiera otras, infinitas, posibles, sobre las que se erige la realidad, no que es, sino estamos en condiciones de estimar en su existencia (quedando incapacitados para estimar la existencia de las otras posibles). Antropología e Historia hace tiempo que han mostrado esa parcialidad de nuestra mirada-cognición como constructora de verdades y realidades.

El autor no ha sido pródigo en sus autorías; ello, unido al largo período de tiempo y de acumulación que ha sido necesario para que este libro viera la luz, hace que, cuando menos, sea de interés sacudirse un poco los fundamentos plácidos de nuestra (parcial) comprensión de las cosas con esta lectura. Nunca ha sido fácil escribir contracorriente.

Miguel A. V. Ferreira